

DOÑA MARIANA, Q.E.P.D.

A veces, algunas de las veces en que la desazón se me come por dentro al recordar aquellos hechos terribles, pienso que la culpa de todo la tuvo doña Mariana Luzuriaga, aquella viejecita tan dulce, de cabellos del color del platino, casi azulados, tal como yo apenas la recuerdo, que tuvo la ocurrencia de dejarnos en herencia su palacio. Que, por cierto, era un auténtico palacio; no lo que aquí, en Aragón, llamamos palacios, que no son otra cosa que las mansiones que las familias adineradas se hacían construir en el XVII y el XVIII, todo ladrillo y piedra robada a la muralla romana, con aleros de madera tallada cuanto más grandes mejor, y enormes portalones para que los carruajes pudiesen entrar hasta el patio interior. No, nada que ver con eso, ya digo. El palacio Luzuriaga era otra cosa. Era un palacio como de cuento de hadas, con su torreón central y otras cuatro torres mucho más altas en las esquinas, y a cuyas espaldas se abría una finca que en tiempos tuvo que ser extensísima, pero que los avatares de la reciente historia de nuestro país habían ido reduciendo poco a poco hasta dejarla en apenas una hectárea.

Recuerdo perfectamente y recordaré el día, a mediados de aquel febrero trágico y convulso del ochenta y uno, en que Natalia llegó entusiasmada a nuestro habitual ensayo de los sábados por la tarde y nos dijo, sin saludo ni preámbulo:

-¡Atención todos! ¡Traigo un noticia! ¡Mi tía-abuela Mariana nos ha dejado el palacio!

EL PAÍS DE HEIDI

Oficialmente, los ensayos de los sábados empezaban a las cuatro en punto, pero lo cierto es que la hora real la marcaba el final del capítulo de *Heidi*, una serie japonesa de dibujos animados que causaba furor y que ninguna de nuestras compañeras (pese a haber cumplido ya la mayoría de edad) quería perderse. Tanto era así que, a las pocas semanas de iniciado el serial, visto lo visto, también nosotros optamos por salir de casa coincidiendo con los títulos de crédito de aquella historia lacrimógena que paralizaba al país entero como solo eran capaces de hacerlo los discursos del presidente Suárez o los partidos oficiales de la selección nacional de fútbol.

Últimamente, solo Raúl, o en su ausencia Gonzalo, llegaban puntuales a la cita. Eran los únicos que tenían llaves de nuestro asqueroso local de ensayos de la calle Pabostría, un antiguo taller de confección de ropa de trabajo reconvertido con inversión cero en sede social del Teatro Incontrolado de Zaragoza y que, muy a nuestro pesar, desempeñaba también funciones de centro de ocio y esparcimiento de todos los gatos del barrio. Lupercio, un albañil autónomo que guardaba su furgoneta y sus herramientas en la nave contigua, no se cansaba de recordarnos que era una suerte tener gatos en un lugar como aquel, porque donde hay gatos, no hay ratas. Sin embargo, las observaciones de Lupercio resultaban un pobre consuelo ante las dimensiones y consecuencias de aquella invasión felina que no lográbamos contener pese a poner todo nuestro empeño en ello. Como en aquella película de Alfred Hitchcock donde los pájaros se convertían en la encarnación del mal, los habitualmente adorables mininos se habían transmutado para nosotros en agentes de Lucifer y pesadilla permanente. Todo en aquel sitio apestaba a pis de gato, nosotros incluidos. Nuestros decorados eran famosos en todas las localidades incluidas en el circuito escénico regional hasta el punto de que, en no pocas ocasiones, el pitorreo de los espectadores al respecto del aroma que emanaban nuestras representaciones rozaba la crueldad.

Total, estábamos del local de la calle Pabostría hasta la raíz del pelo; pero allí seguíamos porque era muy espacioso, no había vecinos a los que pudiésemos molestar y el alquiler era barato, condiciones indispensables para la supervivencia de un grupo de artistas tan radicalmente *amateur* como nosotros.

Aquel sábado, sin embargo, todo cambió de golpe.

El día amaneció esdrújulo, áspero, húmedo y metálico; y un mal presagio flotaba en el ambiente varias horas antes de la fijada para iniciar aquel tercer ensayo del año.

Durante las últimas semanas habían ocurrido en España cosas terribles y el país entero parecía deslizarse hacia el caos por un tobogán lubricado concienzudamente por oscuros sectores, fieles seguidores de la desaparecida figura del general Francisco Franco. Las autodenominadas «gentes de orden» comprobaban cómo la larga prórroga de sus privilegios, amparada en la prevista perpetuación civil de aquel régimen militar basado en el rencor, amenazaba venirse abajo irremisiblemente gracias a la concienzuda labor llevada a cabo por el rey Juan Carlos y el recientemente dimisionario presidente Adolfo Suárez; y parecían dispuestas a tratar de impedirlo por todos los medios. La joven democracia española se encontraba con el agua al cuello. Éramos muchos los que estábamos dispuestos a lanzarle un salvavidas; pero no eran pocos, y sí muy poderosos, los que querían atarle una bola de plomo a los tobillos. El pistoletazo de salida hacia la libertad parecía haber despertado también a los pistoleros. Desde nuestro anterior ensayo, la sangre había corrido a raudales por el país. El viernes anterior, el jefe de ingenieros de la central nuclear de Lemóniz, José María Ryan, secuestrado por ETA días atrás, había sido asesinado por sus captores, en una muestra más de hasta qué punto el horror se había convertido en algo cotidiano.

Vivíamos tiempos de esperanza y convulsión. Había quienes tenían permanentemente hechas las maletas, por si era necesario salir por piernas de España, como había ocurrido casi medio siglo atrás.

Nosotros, sin embargo, seguíamos haciendo teatro cada sábado.

RAÚL

Eso sí, con semejante panorama, no era de extrañar que Raúl apareciese en aquellos últimos ensayos más circunspecto que un fiscal del Supremo; más serio de lo que ninguno de nosotros recordaba haberle visto jamás. Durante el tiempo que pasábamos juntos, todos le observábamos a hurtadillas, tratando de descifrar la clave de sus silencios.

Tras casi cuatro años de compartir escenarios, cada uno de nosotros tenía una teoría distinta sobre la verdadera personalidad del director del Teatro Incontrolado de Zaragoza.

Varias semanas después de nuestro primer encuentro, cuando la mayoría de nosotros aún éramos simples estudiantes de bachillerato, descubrimos que el fundador de nuestra compañía teatral usaba pistola. Él nos dijo que era policía pero, si en verdad lo era, se trataba de un policía muy raro, nunca de uniforme, siempre viajando.

Y en días como este, con los diarios y los telediarios trufados de dolor, de secuestros y de muertes, tratábamos de adivinar qué pasaba por su cabeza, convencidos de que «estaba en el ajo»; de que sabía más que nosotros, más que

nadie, de lo que se estaba cociendo en las entrañas de este país nuestro que acababa de estrenar democracia y todavía no tenía claro cómo se utilizaba.

-¿Cómo va la investigación de lo de la calle Atocha? -le preguntó a modo de saludo aquella tarde Gonzalo, quizá el único que nunca parecía impresionado por la figura de Raúl y que le decía las cosas tal y como le venían a la cabeza.

-Los cogemos -murmuró nuestro director, lacónicamente.

-¿Lo dices en serio o es solo un buen deseo?

-Lo digo completamente en serio. Y lo del secuestro de Súñer también va por buen camino. Ya lo veréis.

-Esperemos que termine mejor que lo de Ryan.

Raúl afiló la mirada y acusó el golpe bajo con un gruñido.

Lo que estaba claro era que el ensayo de esa tarde no prometía ser una fiesta; porque, además, llevábamos tres meses empeñados en montar *Seis personajes en busca de autor*, que no es precisamente un vodevil.